

Cuento: Filomena

Tale: Philomena

Beatriz Eugenia Camacho

Estudiante de Literatura

Universidad Autónoma de Bucaramanga

bcamacho@unab.edu.co

Recibido el 10 de marzo 2015

Aprobado el 04 de mayo 2015

Soy una rata. Me llamo Filomena pero me dicen Filo. Debe ser por mis dientes. Nací en una gran cañería, la del Country Club de la ciudad. Allí mi madre me tuvo y allí mi abuela la tuvo a ella y mi bisabuela a ella y así. Nos agrada el sitio. No se imaginan lo que como y lo que tomo. Comida de la mejor calidad. Bebidas, ni les cuento. Ayer me pegué un gran banquete en la cocina del restaurante de la esquina. Uno muy elegante que tiene un gran hueco detrás de las neveras. Por ahí me introduzco cuando escasean los desperdicios del club. Tengo mi barriga llena todavía, con las diferentes carnes robadas de unas ollas que tenían listas para servir, y era tal el ajeteo, que ni se dieron cuenta cuando me acerqué. Pero al rato de estar allí, me pillaron. La jefe de cocina se subió a un mesón y metió la pata en una ollita con salsa. ¡Lloraba de la ira! Llamó a los ayudantes, me persiguieron con palos y escobas, pero pude escapar. Alcancé a treparme al techo y allí les dejé grandes recuerdos. Y eso que no les he contado la borrachera de antier. No era mi intención pero tenía sed. Me bebí todos los restos de cocteles de algún evento que hubo en el club. Vi como echaban en un balde las sobras de las copas y los vasos y allí me sumergí. ¡Casi no puedo salir porque me pesaba mucho la barriga! Después de incontables esfuerzos, con mi peso se volteó el balde y salí corriendo. Eso sí, dormí como un angelito hasta el día siguiente. Me despertó la voz chillona de una mujer que se paró cerca de mi alcantarilla. Discutía, seguro con el marido, y le decía: -“Eres un animal, una porquería, una rata de alcantarilla”, ¿cómo así? ¡Qué atrevida la comparación!, como si fuera malo ser rata de alcantarilla. No saben lo bueno que vivo. Aunque casi todos

me tienen miedo, sobre todo las mujeres, no sé por qué razón. He visto a más de una entaconada correr por la calle, dar un traspie y besar el suelo en la caída, ante mi presencia. Creen que las puedo atacar, salen disparadas, sin siquiera darme un saludito. No entiendo por qué si soy bonita.



He tenido muchos hijos, como más de cincuenta. Es que les encanto a los machos. Tengo el pelo muy negro, largo y áspero y eso les fascina. La verdad, soy muy gustadora. Pero ya estoy cansada y no quiero más preñeces de Rufino, Emerson o el Gordis. Ya me di gusto suficiente. Hoy salí al parque a tomar un baño de sol y cuando me disponía a echar una siestecita qué veo: de un camión se bajan unos hombres con unas máquinas que llevan unos tubos enormes y los meten en mi residencia haciendo un ruido espantoso; ¡que atrevidos, quién sabe qué cosa se les había perdido!, menos mal no estaba porque hubiese muerto de pánico; ojalá hayan salido corriendo mis hijos. Ese lugar ya no es seguro, por eso voy a tener que trastearme del todo a la cocina del club. Hay una despensa enorme y está llena de granos: maíz, fríjol, lentejas, arroz... ¡jejeje! creo que es la mejor decisión, porque me puedo esconder fácil en cualquier rincón. Por ahora me voy a echar la siesta que no pude tomar por esos hombres. Ya observé que hay una sombrilla que alguien dejó abierta en el parque. Me sirve de refugio para dormir a la sombra. Otro día les seguiré contando de mi vida, porque ahora tengo mucho

sueño.

